Leopoldo de Luis

"El viejo llamador"

Ediciones Rafael Inglada
Málaga, 1996, 20 págs.

Leopoldo de Luis (Córdoba, 1918) ha demostrado ya en varias ocasiones ser un verdadero maestro de las formas clásicas y, especialmente, del soneto. En este sentido han proliferado en los últimos años breves sonetarios debidos a su pluma: *Viaje a la casa cerrada* (1987), del que me ocupé en *Hora de poesía* (n.º 55-56, enero-abril 1988); *Mitos y contraseñas* (1988); *Tríptico de la materia humana* (1991), que obtuvo el premio "G. Osorio-Aguacantos"; etc.

Esta plaqueta que ahora nos ocupa consta de doce sonetos que corroboran una vez más dos verdades: primera, que cada libro de todo gran poeta es, en general, una nueva versión de la misma obra, del mundo lírico del autor, que, en nuestro caso, se trata del escepticismo existencial —hilo conductor— que constata la tragedia de la caducidad humana y el destino hacia la nada; segunda, que Leopoldo de Luis recrea de nuevo magistralmente la herencia de los maestros sonetistas del Siglo de Oro, por el bello realismo humanista y la perfección formal de sus versos.

El cierre de "El viejo llamador", "¡Lástima que la casa esté vacía!", nos habla, al igual que en otras ocasiones, de un símbolo desolado del vacío existencial del poeta, cuyo deseo de fusión con los otros y con el mundo queda permanentemente fallido. Este símbolo vuelve a repetirse en "Lo que queda de mí": "...un borroso reflejo que se enreda/ en el último espejo del olvido", versos que expresan la conciencia de la muerte como tránsito a la nada. De esta suerte, primer y último sonetos expresan ya todo el contenido del sonetario, deudor en cierta forma de *Viaje a la casa cerrada*.

Esta conciencia trágica de la muerte también está presente en "Cara a cara", donde el poeta se aferra a la vida física como lo único que posee realmente y cuyo escepticismo existencial roza los planteamientos del nihilismo: "La vida es todo y es la muerte nada" y "Muerte cerrada. Habitación vacía" —Leopoldo de Luis describe, una vez más, su particular *Viaje a la casa cerrada*—; conciencia trágica que vive el poeta como fracaso ante la inminencia de la muerte: "...La alcayata/ que nos brinda su último asidero" ("La escarpia") y como decepción que expresa el inconsciente colectivo de quien siente no haber luchado con la suficiente intensidad: "Quizá soy yo el culpable", "La esperanza se vuelve una impostora", "Una puerta golpeándose es la vida", etc. ("La espera").

"La escarpia" y "La cuchara", por otra parte, expresan elementos sencillos de la vida cotidiana que, no obstante, revisten una importancia especial. Hay aquí una depurada poesía social que valora el trabajo humano —el símbolo de la plata en "La cuchara"— y da a conocer la realidad del sufrimiento —"que el viejo llanto del sudor recuerda", en "La escarpia"—, factor constante en toda la obra deluisiana. La denuncia de la injusticia y la solidaridad con pobres y débiles también están presentes en "Ventana cerrada..."

En "La puerta", el poeta se enfrenta con la inconsistencia de su propio yo, con el niño-joven que un día fue y con el Absoluto macabro que parece vigilar nuestra existencia, planteamientos que ya estaban presentes en *Viaje a la casa cerrada*.

El hombre, en definitiva, no es sino un ser más de la naturaleza, ni rey ni superior, destinado igualmente a la nada ("Como caballos muertos"), porque el instante de la creación, único e irrepetible, tampoco confiere al hombre una condición especial, ya que el poeta se desgasta poco a poco en cada poema: "Cuando muere la mano que te escribe/ también tú mueres, pobre verso mío" ("La mano que te escribe"), poética que nos traslada de nuevo a un escéptico concepto metafísico que niega la perdurabilidad de las obras humanas y, por otra parte, la misma existencia de Dios, entidad ilusoria que sólo es fruto del sueño humano: "y Dios muere al morir quien lo soñaba".

Excelente recorrido, en fin, éste último deluisiano por los más graves problemas existenciales que atormentan al hombre y que confirma, una vez más, el singular relieve de una obra ya consagrada por sus muchas aportaciones.

L. A.